



a su buena intención indudable, es reflejo de la inestabilidad por la que pasan en estos momentos incluso algunos de los más renombrados exegetas católicos frente al tratamiento crítico de la veracidad histórica de los relatos evangélicos.

J. M.<sup>a</sup> CASCIARO

K. BARTH, *Ante las puertas de S. Pedro*, Madrid, Ed. Marova (Cuadernos y Ensayos, 8) 1971, 92 pp.

Este pequeño volumen es traducción del publicado en 1967 por la EVZ Verlag, de Zürich, bajo el título "Ad limina Apostolorum". Entonces tuvo su interés, por estar muy recientes los encuentros de K. Barth en Roma a los que se refiere el libro. Casi simultáneamente salía la edición francesa, publicada por Delachaux et Niestlé, de Neuchatel. De este modo, los teólogos interesados por estos problemas tuvieron hace ya tiempo acceso a este interesante librito de K. Barth. Ahora, un poco tarde —hay que reconocerlo—, aparece esta traducción española. Aprovechamos la ocasión para dar alguna impresión sobre el texto.

Comienza con una chispeante crónica de su viaje a la Ciudad Eterna (septiembre de 1966) con ocasión del Congreso de Teología del Concilio Vaticano II, donde pudimos conocer al autor y comprobar así lo exacto de su relato. Nos cuenta las visitas y las conversaciones allí mantenidas con autoridades y teólogos de la Iglesia Católica. La narración está llena de afecto, admiración y picante ironía. Ejemplos: el Cardenal Bea, un hombre que defiende una idea buena "con una teología convencional"; el admirable espectáculo del latín, instrumento de diálogo entre los teólogos católicos y que los protestantes deberíamos aprender; en la intervención de K. Rahner "sólo me pareció algo inquietante la repetición del neologismo *existentialis*"; en el Congreso me recibieron con sorprendente afecto y me sentaron entre los Cardenales, "aunque me faltaba, al menos, la capa roja"...

El núcleo del libro, lo más interesante para un teólogo, es el segundo apartado: lista numerada de preguntas —siguiendo el hilo de los textos conciliares— hechas a los teólogos con los que pudo conversar. Merecen ser conocidas por los especialistas, pues revelan con una singular claridad lo que es una mente protestante rigurosa planteándose la doctrina y

las posiciones del Concilio Vaticano II. Baste copiar las preguntas 3 a 7 de lo que él llama "cuestiones generales al Concilio". (En ellas, a mi parecer, se resumen como en su fuente todas las demás):

"3. ¿Qué significa *aggiornamento*? ¿Adaptación a qué?

4. a) La Iglesia, ¿trataba de renovar la autocomprensión teórica y práctica de sí misma a la luz de la *Revelación*, en la que tiene su fundamento?;

b) ¿o trataba más bien de renovar su *pensamiento*, su *palabra* y su *acción*, a la luz del *mundo moderno*?

5. Si se trataba de ambas cosas (itarea pastoral!), ¿a cuál de las dos se da *prioridad*?

6. ¿Sobre cuál de ellas se hará hincapié en el periodo *post-conciliar*?

7. Los representantes de la mayoría "progresista" del Concilio, que se deciden por la b), ¿son conscientes del peligro que corren de repetir los deplorables errores cometidos por el protestantismo moderno?".

El autor nos dice que en los "encuentros romanos" se le pidió que guardara silencio acerca de las respuestas dadas a las cuestiones que planteaba. *Peccato!*...

En las preguntas que he copiado, ese espíritu crítico y agudo que era el de K. Barth, pone el dedo desnudamente en la llaga: a nadie se oculta que la problemática a que se refieren es, efectivamente, la que sacude a la Iglesia hoy. Piénsese, por ejemplo, en la cuestión n.º 6: ya llevamos ocho años desde la clausura del Vaticano II y la respuesta no sería ahora de futuro, como en la pregunta de Barth, sino que nos obligaría a un largo balance (cfr. mi artículo *Sobre la función profética de los obispos*, en "Scripta Theologica" 3/1971/501-504)). Y, sin embargo, la formulación de las preguntas revela una mentalidad típicamente protestante. En efecto, en ellas está gravitando el célebre "aut, aut" que, según fórmula del mismo Barth, es característico de la teología protestante: en nuestro caso, adaptación "o" a la revelación "o" al mundo. Mundo y revelación aparecen así como magnitudes que se excluyen, y Barth, una vez más, como negador —en aras del carácter absoluto de la revelación divina— de la bondad del mundo y, por tanto, de una importante consecuencia del dogma de la creación. Según Barth, por tanto, si se quiere vivir de acuerdo con la revelación, hay que negar al mundo. Sabe bien nuestro autor que la doctrina de la Iglesia católica

no es esa y él la califica como teología del "et": en nuestro caso, revelación *y* mundo. Pero como nunca el de Basilea ha penetrado en el núcleo de la fe católica, el "et" lo interpreta siempre como yuxtaposición y mezcla. De ahí que a lo más que llega —en el asunto que nos ocupa— es a preguntarse por el orden de "prioridad" en las dos renovaciones, sin sospechar que *no hay dos renovaciones*, y, por tanto, no tiene sentido hablar de prioridad...

... Bien es verdad que muchas de las discusiones posconciliares y de las actitudes mentales que se observan entre católicos parecen dar la razón a Barth y a sus conocidas dicotomías: por ejemplo, *verticalismo* u *horizontalismo*, sirviéndonos de dos palabras tópicas, con las que se querría clasificar a las personas en bloques compactos. El error de muchas respuestas católicas procede demasiadas veces de aceptar terminología y cuestiones mal planteadas y viciadas en la base. Por eso, una respuesta católica a las preguntas de Barth tendría que empezar por negar la dicotomía que se nos quiere presentar como obvia, y situarse en un plano distinto, desde el que se muestre cómo el intento continuo y renovado de fidelidad a la Revelación divina, no es negación del mundo, sino recepción de una verdad y una vida divina, sobrenatural y gratuita, que implica un asumir, transfigurándolo, cuanto de verdadero, bueno y bello se encuentra en las realidades de la tierra, y, a la vez, un rechazar cuanto en el mundo —"moderno" o "antiguo"— se opone a la bondad originaria de la creación. Más en concreto, habría que explicar cómo toda renovación en la Iglesia no puede ser sino una mejor "adaptación" de ella, que es el Cuerpo, a Cristo, su Señor y Cabeza. Y ese Cristo, comprendido en la integridad de su misterio como "perfectus Deus et perfectus homo", nos lleva no a una "adaptación" extrínsecista al "mundo moderno", sino a una permanente valoración cristiana de la realidad mundanal, que el protestantismo, una vez y otra, parece incapaz de descubrir. De esta forma, la línea de una respuesta católica no es ni la *supernaturalista*, a la que propenden el barthismo y sus epígonos católicos, ni la *naturalista*, hoy masivamente extendida por los movimientos de secularización y, en general, por la utopía progresista; sino otra, *sobrenatural y natural* —es decir, cristiana, católica—, que honra a Dios sin negar al hombre. Y esta —no podía ser otra— ha sido la respuesta *tradicional* del Concilio Vaticano II.



Por lo demás, nos parece que la seria advertencia del pensador suizo que se contiene en la pregunta 7 no debe caer por nuestra parte en saco roto. Ciertamente, no el Concilio, pero sí numerosos “posconciliares” están tratando de imponer una praxis pastoral, que se autocalifica de *aggiornamento* y que, según Pablo VI, no es sino “un relativizar, según el espíritu del mundo, todo lo que se refiere a la Iglesia: dogmas, leyes, estructuras, tradiciones” (Discursos al Concilio, 18-XII-1965). Karl Barth nos recuerda que esta ha sido la tragedia histórica del protestantismo... Dejamos este tema, no sin advertir a los lectores que Charles Journet, el gran eclesiólogo de Friburgo, escribió una detallada respuesta a las preguntas de su compatriota de Basilea. A ella remitimos a quien le interese profundizar en la cuestión (Cfr. “Nota et Vetera” 43 [1968] 245-273).

Después de la parte dedicada a las cuestiones, el autor incluye un artículo sobre la *Dei Verbum* (publicado antes en los Comentarios a esa Constitución editados por la Colección “Unam Sanctam”) y una carta a un colega católico a propósito de la Mariología. Por cierto, la edición española que comentamos nos informa de algo que no decían las ediciones que manejamos en su día, y es que el teólogo en cuestión es Karl Rahner.

En este último texto aparece el Barth clásico, con su profundo rechazo del dogma católico sobre María. Y en el otro sobre la *Dei Verbum*, que nos gustaría comentar más despacio, su *placet iuxta modum* a la Constitución nos revela a un protestante de “estricta observancia”, como siempre ha querido ser K. Barth: el “modus” propuesto es lógico en un protestante, pero, a mi parecer, K. Barth demuestra una vez más no haber entendido la doctrina católica sobre la materia: decir que para los católicos hay tres o, incluso, cuatro fuentes de la revelación sería una afirmación casi cómica, si no fuera porque tras ella está toda la teodicea agnóstica y fideísta del gran pensador desaparecido: si la Iglesia Católica afirma que la razón humana puede llegar a conocer la verdad, la razón es “fuente de la revelación”. Como se ve, es otro universo mental el barthiano...

El libro está lleno de afecto sincero —no sin reticencias— a la Iglesia Romana, lo que muestra una evolución, al menos afectiva, desde la época de la *Römerbrief* (por cierto, recientemente traducida al francés: *Labor et Fides*). Su posición, a dos años escasos de su muerte, está bien descrita en estas palabras suyas: “Allí al menos —en la carta sobre ma-



riología—, aquellos de mis correligionarios que hayan podido albergar inquietudes, comprobarán *in extremis* que yo he dejado Roma tan tercamente evangélico como llegué: aunque prefería decir católico-evangélico...”:

Una palabra sobre la traducción. Nos parece deficiente en demasiados lugares. La chispa, la ironía y los matices característicos de la pluma de Barth se pierden con excesiva frecuencia. En ocasiones, se traiciona el pensamiento. Tres ejemplos: en la nota de p. 13, Barth no dice que sea falso que el Laterano no le quiso recibir: lo que dice, según el original, es que no son ciertos algunos detalles que coloreaban la información sobre el tema que dio el “Frankfurter Allegemeine Zeitung”. En p. 10 de la traducción de Marova, Barth dice no saber nada del “insensato movimiento *Dios ha muerto*, que se ha querido presentar a sí mismo como el fruto último y más hermoso de la gloriosa teología existencial”. Pero Barth habla irónica y despectivamente no sólo del movimiento en cuestión sino de la mentada teología. Su crítica, según nuestra lectura del original, es la siguiente: “este movimiento ha demostrado no ser otra cosa que el último y más brillante producto de la *gloriosa* teología existencial”. Por último, la conversación de Barth con Pablo VI a propósito de la Virgen y San José en relación con la Iglesia no se entiende bien en la traducción que comentamos.

P. RODRÍGUEZ